

juaristas, les salió al encuentro con 1.000 infantes de Tequepespan y algunos escuadrones de caballería, entre ellos el victorioso Atonalisco, les atacó con desesperacion, se confundió entre las huestes enemigas, é introdujo en ellas mayor desórden y confusion. Crece con esto el entusiasmo de los imperiales, y cada cual, imitando el arrojo de sus jefes, hace ostentacion de su valor y denuedo; el comandante Nuñez logra arrancar de las manos las pistolas á dos oficiales juaristas, y les atraviesa luego con su espada; un jefe de las guerrillas separa de un tajo la cabeza del tronco á un capitán de los imperiales; los soldados luchan asimismo desesperadamente por una y otra parte, y el campo queda en breve convertido en un inmenso lago de sangre.

Agotadas las fuerzas juaristas, y aumentándose por el contrario las de los imperiales con los nuevos refuerzos que llegaban continuamente al lugar del combate, las guerrillas se vieron obligadas á escapar de entre las manos de sus adversarios y á huir con toda precipitacion por las inmediatas sierras para evitar un nuevo alcance de la caballería, dejando en aquella accion memorable y desastrosa hasta unos 100 muertos y doble número de heridos, con todas las demás pérdidas consiguientes á un combate tan prolongado y sangriento.

Coincidiendo con esta desgracia la noticia recibida en Monterey de que el general Negrete no había podido apoderarse de Matamoros, se abatió grandemente el espíritu entusiasta de los juaristas en la primera de estas poblaciones. La llegada del general Negrete pocos dias despues á Monterey, inquietó más y más el ánimo de aquellos habitantes, que á la vez que temian un nuevo y próximo ataque de los imperiales, lamentaban la falta de recursos en que se encontraban para atender al pago de las nuevas contribuciones que temian les impusiera Negrete para atender al sostenimiento de sus tropas, y para preparar una nueva expedicion y un nuevo ataque á la ciudad de Matamoros, si es que antes no se presentaban con iguales intenciones en Monterey las aguerridas huestes del general Mejía.

Al dia siguiente las fuerzas francesas cayeron sobre la retaguardia de los juaristas compuesta de 250 caballos del coronel Espinosa, en el rancho de Yerba-buena, á ocho leguas del Saltillo. Cargada la retaguardia por un escuadron de la contra-guerrilla, fué puesta en fuga despues de una larga y sangrienta lucha, perdiendo unos 50 hombres y dejando en poder de los franceses 50 caballos, varias armas y un pequeño convoy, según el parte del coronel jefe de Estado mayor general A. D. Osmont, fechado en Méjico el 16 de Junio.

No fueron en verdad infundados los temores de los partidarios de Juárez, respecto á los nuevos reveses que pudieran seguirse á la derrota de Negrete en Matamoros; porque cuando las tropas francesas quedaron en esta plaza libres de un nuevo é inmediato ataque del enemigo, se propusieron apoderarse de Saltillo.

Sabedor de este pensamiento el general Negrete, se dirijió á defender la amenazada plaza, concentrando al efecto en ella todas las fuerzas de que disponia. El 6 de Junio, el general juarista se encontraba atrinchado fuertemente en el desfiladero de la Angostura, en donde se preparaba á resistir el ataque de las fuerzas imperiales. El excesivo número de que éstas se componian, hizo perder al general Negrete toda esperanza de poder resistir por un solo momento el empuje de los franco-mejicanos, y vióse obligado á alejarse de aquel punto sin esperar á medir sus armas con las del enemigo, en la noche del 6 al 7 del citado mes. En la noche del 7 el coronel Jeaningros lanzó una columna ligera en persecucion de Negrete, que con la mayor parte de sus fuerzas había tomado la direccion de Monclova. A unas tres leguas del Saltillo, esta columna alcanzó á un destacamento de 30 jinetes de Sancho Aguirre y le hizo prisionero.

Al dia siguiente las fuerzas francesas cayeron sobre la retaguardia de los juaristas compuesta de 250 caballos del coronel Espinosa, en el rancho de Yerba-buena, á ocho leguas del Saltillo. Cargada la retaguardia por un escuadron de la contra-guerrilla, fué puesta en fuga despues de una larga y sangrienta lucha, perdiendo unos 50 hombres y dejando en poder de los franceses 50 caballos, varias armas y un pequeño convoy, según el parte del coronel jefe de Estado mayor general A. D. Osmont, fechado en Méjico el 16 de Junio.

Despues de esta segunda derrota del general juarista, diéronse las órdenes oportunas para que saliéran en su persecucion las fuerzas del general Brincourt, que se encontraban entre Patos y Parras, con el fin

de internar á Negrete en las desiertas regiones de Bolson de Mapimi, en donde la falta casi completa de recursos, haria dispersar en muy corto tiempo las fuerzas de Juárez. Afortunadamente pudieron estas refugiarse en Monterey, á cuya plaza no consideraron prudente acercarse los franco-mejicanos, pudiendo con esto preparar los juaristas, con mayor descanso y comodidad, nuevas expediciones contra las plazas recientemente perdidas del Saltillo y Matamoros.

Los demás generales del ex-presidente de la República, sufrían entre tanto derrotas de gran consideracion en Michoacan, Sinaloa y otros puntos del territorio mejicano. El Estado de Oajaca había quedado completamente pacificado desde los últimos encuentros que á mediados de Junio tuvieron allí las fuerzas de uno y otro partido. La numerosa partida del célebre Pueblita había sido destrozada por varias columnas francesas, quedando con esto libre, aunque momentáneamente, el Michoacan, de las valientes guerrillas de aquel caudillo. Uniéndose despues los restos de esta partida á las de Ortega y Regules, acometieron con tal ímpetu á las fuerzas imperiales que en breve tiempo les obligaron á abandonar precipitadamente los caseríos de Venapan y otros varios en donde se habían fortificado, ocasionándoles gran número de bajas y apoderándose de muchas armas y municiones. El coronel de zuavos francés Chichan y el coronel belga Van-der-Snissen fueron despues en auxilio de sus compañeros de armas, y reuniéndose las fuerzas de los unos y los otros cuerpos, acometieron á las partidas victoriosas de Ortega, Pueblita y Regules, obligándoles á desalojar las posiciones que á costa de un heroico esfuerzo habían logrado ocupar.

En el Estado de Sinaloa era al mismo tiempo batida y dispersa la partida de Pesquera. El coronel Garnier, al frente de unos 2.000 hombres y 500 caballos, salió en persecucion del astuto guerrillero, dándole alcance en las cercanías de Guayonas. A pesar de las fatigas y cansancio de las tropas de Pesquera, que con brevísimos intervalos habían librado tres serios combates contra el enemigo, los defensores de Juárez se prepararon á resistir el empuje de los valientes zuavos. Despues de un sangriento y encarnizado combate en que las unas y las otras fuerzas rivalizaron en valor y arrojo, quedó el campo por las huestes imperialistas, viéndose obligadas las tropas de Pesquera á huir precipitadamente hácia el Norte en busca de la columna del general Negrete.

Las trincheras de Palizada y Zonuta quedaron igualmente en poder de los soldados de Maximiliano, tomando parte en la refriega unos 300 mejicanos, 200 austriacos y 80 marineros del *Brandon*.

Los demas generales del ex-presidente de la República, sufrían entre tanto derrotas de gran consideracion en Michoacan, Sinaloa y otros puntos del territorio mejicano. El Estado de Oajaca había quedado completamente pacificado desde los últimos encuentros que á mediados de Junio tuvieron allí las fuerzas de uno y otro partido. La numerosa partida del célebre Pueblita había sido destrozada por varias columnas francesas, quedando con esto libre, aunque momentáneamente, el Michoacan, de las valientes guerrillas de aquel caudillo. Uniéndose despues los restos de esta partida á las de Ortega y Regules, acometieron con tal ímpetu á las fuerzas imperiales que en breve tiempo les obligaron á abandonar precipitadamente los caseríos de Venapan y otros varios en donde se habían fortificado, ocasionándoles gran número de bajas y apoderándose de muchas armas y municiones. El coronel de zuavos francés Chichan y el coronel belga Van-der-Snissen fueron despues en auxilio de sus compañeros de armas, y reuniéndose las fuerzas de los unos y los otros cuerpos, acometieron á las partidas victoriosas de Ortega, Pueblita y Regules, obligándoles á desalojar las posiciones que á costa de un heroico esfuerzo habían logrado ocupar.

CAPÍTULO VI.

Lucha sangrienta entre las fuerzas del general Negrete y las del coronel Van-der-Knissen en la Loma de Tacamburo.—Victorias de los juaristas en Huejutla.—Imponente actitud de los mejicanos en el Estado de Puebla.—Dura leccion dada á los habitantes de esta comarca por el general Thun.—Victorias de los juaristas en Ystlahuaca y Zacualtipan.—Idem de los imperiales en Teran, Montemorelos y Marin.—Tentativas del gobierno de Maximiliano para conseguir de los Estados-Unidos el reconocimiento del nuevo Imperio de Méjico.—Sus resultados.

I.

Las victorias alcanzadas por los imperiales en los departamentos de Tecalitlan, Jalisco, Oajaca, Michoacan y otros varios Estados de la parte septentrional del Imperio mejicano, y sobre todo, la ocupacion de Monterey y el Saltillo por las fuerzas franco-mejicanas, hicieron angustiosa y en extremo difícil la situacion de los juaristas, y por el contrario favorecieron considerablemente la monarquía de Maximiliano. A pesar de esto, el ex-presidente Benito Juárez, firme siempre en su propósito de no abandonar nunca la santa causa de la patria y de la independencia, dió las disposiciones más oportunas para que las pocas fuerzas que aun permanecian fieles á su bandera, continuasen en su sistema de guerrillas contra los imperiales, designando al efecto algunos puntos á que unas y otras debieran dirijirse.

Obedeciendo las órdenes del ex-presidente, el general Arteaga, perseguido vivamente en la parte del Sur por el coronel Chinchón, logró aproximarse á la hacienda de

San Antonio en el camino de Huetamo. Otro general ménos osado y entusiasta que Arteaga hubiera, ya que no abandonado por completo su empresa, consagrado al ménos algunos dias al descanso de que tanta falta tenían las fuerzas á cuyo frente se encontraba. Pero muy lejos de esto, el bravo general se dedicó con mayor afán y sin perder un instante, á recuperar las fuerzas que habia perdido en el último encuentro con el coronel Chinchon para emprender nuevas conquistas y librar nuevos combates.

Apenas se hubo organizado su fuerte columna, se dirigió hácia Tacamburo (16 de Julio); cuya ciudad estaba defendida por una escasa guarnición del ejército imperial. Noticioso de este movimiento el coronel Van-der-Knissen avanzó con una columna ligera, compuesta de unos 1.000 belgas y mejicanos, por Santa Clara, con el fin de unirse á las demás fuerzas francesas, que se encontraban en el lugar citado, y batir al general Arteaga. Al llegar este á las puertas de Tacamburo encontró á la guarnición de esta ciudad dispuesta convenientemente para resistir el empuje de las columnas juaristas. Un nutrido y certero fuego de artillería y fusilería recibió á los soldados de Arteaga, los cuales sin temor á la muerte casi segura que les esperaba en los muros de aquella plaza, se arrojaron sin disparar apenas un solo tiro á las puertas de la ciudad, arrollando al enemigo y haciéndole abandonar lleno de espanto todas sus posiciones.

No bien el general Arteaga habia alcanzado esta gloriosa victoria, cuando se le dió aviso de que las fuerzas del coronel Van-der-Knissen, de que anteriormente hablamos, se dirigian hácia Tacamburo, habiéndoseles incorporado las tropas belgas que habian logrado escapar del último combate, y varias otras columnas que se encontraban en las inmediaciones de la ciudad citada.

Convencido el general Arteaga de que las fuerzas enemigas eran en número muy superiores á sus guerrillas, y de que les sería de todo punto imposible defenderse con alguna ventaja dentro de la ciudad, determinó situarse á corta distancia de esta, en una posición que por lo ménos no ofrecía el

peligro de ser copado por los franco-mejicanos.

Al llegar á Tacamburo el coronel Vander, las guerrillas de Arteaga se hallaban en efecto formadas en batalla, en la posición de Loma, á una legua próximamente de la ciudad. El acceso más fácil que esta posición presentaba, era un estrecho sendero, en el cual el jefe juarista colocó gran parte de su artillería. El resto de sus fuerzas fueron igualmente colocadas en los lugares más convenientes, y todos esperaban con valor y serenidad el momento en que se acercasen las tropas del enemigo.

No se hicieron esperar mucho tiempo las columnas de Van-der. Dirigiéndose por el paso en que Arteaga habia colocado cuidadosamente su artillería, los juaristas dejaron al enemigo aproximarse á tiro de fusil al estrecho sendero, en donde no creían que pudiese funcionar la artillería de los liberales. Varios disparos de metralla que á un mismo tiempo salieron del oculto baluarte, cubrieron materialmente el campo de cadáveres belgas y franceses, huyendo despavoridas todas las fuerzas de Van-der. Los juaristas, que por su escaso número no podian acometer en campo abierto al enemigo, creyeron prudente no abandonar su posición á pesar del desorden introducido en las filas enemigas, y esperaron firmes en la Loma nuevas acometidas de los imperiales.

No tardaron en efecto en presentarse las derrotadas fuerzas del coronel Van-der-Knissen. Luego que estas se repusieron un tanto de la anterior sorpresa, el valiente coronel empezó á arengarlas con esa elocuencia viva y entusiasta que inspira el valor guerrero, y bien pronto se convenció que sus columnas estaban dispuestas para dar un nuevo ataque á la Loma.

Procurando evitar la acometida por el estrecho sendero que tanta sangre hizo derramar á sus columnas, Van-der se dirigió por otros puntos á la posición de Arteaga, estableciendo á su alrededor un fuerte cordón de franceses y de belgas, que con ojo certero disparaban sin cesar sobre el enemigo. Largas horas de combate sostuvieron las fuerzas de uno y otro bando, quedando tan reducido el número de los juaristas, que su

esforzado jefe creyó necesario un acto de temerario arrojo para no ser presa, con todos los suyos, de las crecidas huestes del enemigo. Aprovechando el general Arteaga un lugar y un momento oportunos, dió la señal de ataque por uno de los flancos con el fin de abrirse paso y salir de aquella crítica y embarazosa situación. Los juaristas, obedeciendo las órdenes de su general, cayeron con la rapidez del rayo por el lugar que su jefe les habia indicado, y trabando una lucha cuerpo á cuerpo con los franceses que lo defendian, lograron al fin romper la especie de cuadro en que se veían encerrados, y descubrir nuevos campos en que batirse en retirada. El enemigo, que se apercibe de la huida de los juaristas, cae sobre ellos con gran presteza, y les causa una horrible mortandad. Arteaga y los suyos se revuelven contra los franceses; estos volviendo á cercarlos, porque á ello se prestaba perfectamente su número, encierran otra vez al enemigo, estrechan el cerco, apelan al arma blanca, y la lucha se hace más sangrienta y terrible. Arteaga, que con un valor heroico se habia batido desde los primeros instantes, convencido de que la resistencia era de todo punto imposible, da la señal de retirada, y con él pudieron escapar de la encarnizada lucha unos 1.000 de sus soldados, dejando en poder del ejército imperial unos 300 fuera de combate, 200 prisioneros y hasta 600 fusiles.

De este modo quedó vengada y con creces, la derrota que pocos dias antes habian sufrido los belgas en Tacamburo, y consiguieron las fuerzas de Maximiliano apaciguar por algunos dias el espíritu belicoso en el Estado de Michoacan.

## II.

En Portezuela, provincia de San Luis, alcanzaron igualmente por este tiempo una regular victoria las armas francesas, sorprendiendo el coronel Lafaille una partida de 400 juaristas, los cuales, despues de haberse defendido en cuanto les permitió su escaso número y la desventajosa posición que ocupaban, tuvieron que abandonar el campo con algunas pérdidas de caballos y de armas.

En el Estado de Puebla, por el contrario, los juaristas alcanzaban á la sazón una brillante victoria. Las guerrillas de Martinez y Escamilla, que ya en varios encuentros con el enemigo habian dado á conocer su valor y arrojo, se propusieron apoderarse de Huejutla, ocupada por una numerosa guarnición mejicana y austriaca. Sin que nada les importara á Martinez y Escamilla las grandes fuerzas que defendian esta población, ni las fortificaciones con que contara, se arrojaron con extraordinarios bríos sobre Huejutla, la cual quedó en breve en poder de los juaristas, huyendo cobardemente las fuerzas que la custodiaban, y dejando á los vencedores gran número de armas y municiones.

Incorporándose los fugitivos á los guardias rurales y á los destacamentos acantonados en las cercanías, volvieron por su honor á Huejutla, en donde las guerrillas eran objeto de los vivas y aclamaciones de todos sus habitantes.

No bien se hubieron acercado á la población las huestes imperiales, cuando los jefes anteriormente citados, puestos al frente de sus guerrillas y seguidos hasta de las mujeres y de los ancianos de Huejutla, cayeron con frenético entusiasmo sobre el enemigo, destrozándole por completo y obligando á huir despavoridos á los pocos que no fueron muertos ó hechos prisioneros. Estas dos victorias alcanzadas consecutivamente por los defensores de la independencia, reanimó de tal manera el espíritu liberal de los mejicanos, que el Estado de Puebla pareció levantarse en masa para combatir hasta la muerte contra los ejércitos invasores. El gobierno de Maximiliano que se prometia en el Estado de Puebla una completa é inalterable tranquilidad, no por el afecto que sus habitantes tuviesen á la monarquía, sino por la impotencia á que se veían reducidos desde la célebre toma de la capital por el general Forey, quedó sorprendido ante la actitud amenazadora que tomaban los habitantes de aquella comarca, y se propuso abatir sin tregua ni descanso la nueva tendencia revolucionaria que con caracteres tan alarmantes se habia iniciado en Huejutla.

Diéronse al efecto las oportunas órdenes

al general austriaco Thum para que fuese á auxiliar con su division á los derrotados en Huejutla, y para que castigase con mano fuerte todo movimiento hostil que allí se presentase. Proponiéndose el general Thum cumplir al pie de la letra las terminantes órdenes del gobierno imperial, y aun más que las órdenes espresas, el pensamiento oculto que en ellas se encerraba, concentró sus fuerzas al Norte de Tezuitlan y dirigió sus primeros ataques á las cumbres de Apulco en donde se encontraban unos 500 juaristas.

A pesar del excesivo número de tropas de Thum, los defensores de la libertad resistieron largo tiempo el empuje de los austriacos, causándoles algunas bajas; pero viéronse al fin obligados á emprender la retirada y á dejar al enemigo que se estableciese sin ser molestado apenas en Huahuaxjutla.

Los habitantes de toda esta comarca, que conservaban aun palpitante el recuerdo de los anteriores desastres, miraban con torva faz al ejército de Maximiliano y se disponían á vengar sin tregua ni descanso la sangre allí vertida de sus hijos y de sus hermanos. El general austriaco, viendo la actitud de los mejicanos, hizo que al punto se le reuniesen mayores fuerzas; y una terrible leccion en la que hicieron alarde de su crueldad y saña las tropas imperiales, abatió por el momento el nuevo y generoso esfuerzo de los habitantes de esta comarca, y dejó en pacífica posesion del territorio al general Thum.

Los generales Niegne y Donay, que en caso necesario deberian marchar á proteger al austriaco, se encaminaron el primero á su cuartel general de Leon y el segundo á San Luis de Potosí, residencia de su mando. El general Castagny, que llegó á Durango el 1.º de Julio, salió igualmente el dia 10 con direccion á Zacatecas para encaminarse á San Luis de Potosí.

La partida del célebre y temerario Troncoso se acercaba entre tanto á Ixtlahuaca, defendida por fuerzas austriacas y francesas. Era sin duda desconocido á Troncoso el número de las tropas que defendian esta plaza, y se atrevió con los pocos que le acompa-

ñaban á acercarse hasta las mismas puertas de la poblacion. Los imperiales, que se apercebieron del escaso número de los guerrilleros, cayeron con gran ímpetu sobre el enemigo, y sin darle tiempo ni aun para prepararse á la defensa, Troncoso y los suyos viéronse envueltos repentinamente entre austriacos y franceses, quienes despues de hacer una matanza horrible en los mejicanos volvieron á encerrarse tranquilamente en la plaza de Ixtlahuaca. Los pocos guerrilleros que lograron escapar se incorporaron á las bandas de Pueblita y Arteaga, los cuales poco despues se unieron á la caballería que Riva-Palacio habia puesto á las órdenes del impetuoso y temible Ugalde.

Todas estas fuerzas que componían un total de 1.000 hombres de infantería, seis piezas de montaña y unos 500 caballos, acometieron á varias compañías de franco-mejicanos que se enseñoreaban del territorio y de las cercanías de Ixtlahuaca, quedando aquella vasta comarca en poder de las guerrillas, y sometidas igualmente poco más tarde todas las poblaciones de la carretera de Morelia.

Otra victoria, no de escasa importancia, alcanzaban al mismo tiempo las tropas juaristas. Las fuerzas de Zongolica, capitaneadas por el antiguo comandante de las mismas D. Leandro Amador, se sublevaron al grito de viva Juárez y la libertad de Méjico! Y despues de derrotar las tropas imperiales que quisieron ahogar aquel noble sentimiento de patria y de independencia, quedaron dueños los sublevados de una estensa y fertilísima comarca, que podia proporcionarles grandes recursos para llevar á cabo la gloriosa empresa por que luchaban con una constancia y generosidad dignas de todo encomio.

En Zacualtipan alcanzaban asimismo los juaristas varios triunfos sobre los imperiales, quienes se vieron últimamente obligados á echarse en brazos del vecindario, ofreciéndole grandes recompensas, para mitigar en algun tanto el espíritu inquieto y revoltoso que en todas partes se levantaba contra las fuerzas de Maximiliano.

La suerte de las armas se presentaba muy de distinta manera para los juaristas en Teran, Montemorelos, Marin y otros varios puntos,

en donde los imperiales lograban importantes triunfos y causaban inmensas pérdidas al enemigo. Los diarios defensores del Imperio, aprovechando estas victorias consecutivas de los franco-mejicanos, se esforzaban en atraer por todos los medios el espíritu del país á la causa de la monarquía, haciendo ver la conveniencia y la necesidad imprescindible del completo establecimiento del régimen imperial. «La defensa de sus intereses,—decian los citados diarios dirigiéndose á las poblaciones en que ondeaba el pabellon del Imperio,—que con tan buen éxito están haciendo casi todos los pueblos de Méjico, y la cooperacion que han prestado á las fuerzas espedicionarias, revelan claramente sus simpatías al Imperio; y no hay que dudar que, merced á este saludable ejemplo, los pueblos que han permanecido en la inaccion y la indolencia se decidan á defender igualmente sus intereses, en union de las tropas imperiales y de las autoridades de los departamentos, si no quieren verse espuestos al robo y al pillaje de que tan tristes y frecuentes ejemplos están dando las pocas partidas que, bajo la bandera de la libertad, encubren toda clase de escándalos y violaciones. Que los pueblos todos muestren hácia el nuevo régimen sus simpatías, ya que no la eficaz cooperacion que Teran, Montemorelos, Marin y tantos otros, y la pacificacion, prosperidad y grandeza del Imperio mejicano serán obra de cortísimos momentos.

Desbandadas ya las fuerzas que componian el mayor contingente de los descontentos, solo han quedado pequeñas partidas, y estas tan desmoralizadas, que se destrozan mutuamente, como lo prueba el encuentro de Ugalde con los Troncosos. Estos habian robado un convoy de mercancías valuado en 100.000 pesos, y han sido robados á su vez por Ugalde, que además mandó fusilar á esos dos hermanos y doce oficiales suyos. No hay, pues, que luchar ya contra enemigos políticos, sino solo contra malhechores.

Pero no pudiendo,—continuaban los adictos á la monarquía,—esos desalmados conseguir ventaja alguna, sino que por el contrario, son vencidos ó ahuyentados donde quiera, se valen de otras armas para hacer la oposicion al Imperio. En efecto, están propagando entre otras cosas, que los Es-

tados-Unidos veian con harto desagrado la preponderancia que en Méjico iban adquiriendo las ideas monárquicas, y que el gobierno de Washington lo haria manifestar así al de las Tullerías y á su protegido Maximiliano I; que en atencion á esto S. S. M. M. están ya haciendo los preparativos para abandonar el país; que con este objeto se ha dado principio á obras de fábrica en el palacio de Miramar; que el ministerio va á sufrir un cambio completo, por estar varios de sus miembros en oposicion con el Emperador; que S. M. está en completo desacierto con el general Bazaine, y que la retirada en fin, de las tropas francesas, es ya cosa acordada por el mismo Napoleon III.

Por más que los defensores de la monarquía procurasen dar con cierto aire de desprecio y en tono festivo las anteriores noticias, habia sin embargo en estas, y así lo reconocian aquellos mismos que trataban de ridiculizarlas, cierto fondo de verdad que afligia el ánimo del Emperador de Méjico y que inquietaba á la vez el de su protector Napoleon III. El gobierno de los Estados-Unidos mostrábase, en efecto, con cierta reserva en la cuestion mejicana, que no sin razon era traducida por algunos de los ministros de Maximiliano como una prueba evidente de oposicion y de hostilidad á la nueva monarquía. El presidente Johnson, cuyos principios de independencia y de libertad habia tenido ocasion de dar á conocer en los críticos momentos por que á la sazón pasaban los más importantes Estados del Nuevo Mundo, y que en ninguno de sus actos gubernamentales habia desmentido la conducta del desgraciado Abraham Lincoln, no podia en manera alguna reconocer la legitimidad del gobierno de Maximiliano, ni consentir que las rancias preocupaciones de Europa fueran á arraigarse en ningun pueblo de América. Por más que el gobierno del Emperador de Méjico habia apelado á toda clase de medios para que el nuevo Imperio fuese reconocido y aceptado por los Estados-Unidos, no otra cosa habia hasta entonces alcanzado del presidente Johnson que respuestas evasivas

y dilaciones, que cualquiera podía traducir como la negativa más completa y terminante que un gobierno puede dar á otro.

Algunos de los partidarios de Maximiliano, que antes que perder toda esperanza querían encontrar aun en el gobierno de la Union una frase, una palabra siquiera que les hiciese conservar sus quiméricas ilusiones, pretendían que se dirijese una nota al gobierno de Washington, pidiéndole esplicaciones categóricas y terminantes sobre su actitud respecto al Imperio mejicano.

Pero el gobierno del Emperador, para quien eran hartó conocidos hasta los términos en que se redactáran aquellas esplicaciones, escusábase diciendo, que exigir á un gobierno liberal, como lo es el de la Union, que definiera la actitud que pensaba guardar en la cuestion mejicana, sería trabajo completamente perdido, pues á lo sumo la respuesta sería una protesta de neutralidad por el momento, sin ofrecer garantías de ninguna clase para lo sucesivo, con lo cual el gobierno imperial quedaría, despues de dado este paso, en la misma situacion y en la misma duda que tenia antes. «El mejor medio y la única garantía,—continuaban los intérpretes de Maximiliano,—consistiría en hacer que la masa del pueblo de los Estados-Unidos, se interesára moral y materialmente en la consolidacion de las instituciones imperiales de Méjico.»

A pesar de este triste convencimiento del gobierno de Maximiliano, citábase, entre otros medios intentados por el mismo, para atraer á la causa del Imperio al Gabinete de los Estados-Unidos, el de haberse presentado en Washington el Sr. Degollado, portador de una carta de Maximiliano para el presidente Johnson, en la cual manifestaba aquel soberano el sentimiento que le habia causado la trágica muerte de Mr. Lincoln, y felicitaba á la vez á Mr. Johnson por su elevacion al poder; todo esto de una manera extraoficial, y con el objeto de ver cómo recibia el nuevo presidente la demostracion, y si sería posible atraerle á entablar relaciones de cualquier género con el gobierno imperial, lo cual traería más tarde las relaciones oficiales, y al fin y al cabo, el reconocimiento.

El Sr. Degollado, decíase igualmente,

tomó todas las medidas convenientes para asegurar el buen éxito de su importante y difícil comision; y cuando llegó el momento oportuno, pidió al presidente permiso para presentarle la carta de Maximiliano. Los ministros de Francia, Inglaterra, España y otras potencias, pero especialmente el primero, aguardaban con la mayor ansiedad el resultado de aquella mision, que no se hizo esperar mucho, porque el secretario de Estado y el presidente no evadieron la cuestion por cortesia. Se les rogaba que recibiesen una carta del Emperador de Méjico, y la contestacion fué que no reconocían como á tal á semejante señor, en cuyo caso no deberían aceptar carta ninguna que con aquel carácter les enviase Maximiliano I.

### V.

Estuviera ó nó concebida en estos términos la respuesta del presidente de los Estados-Unidos, es lo cierto que los defensores de la monarquía querían halagar una ilusion vana si pretendían asegurar el imperio de Maximiliano. El origen y fundamento de aquel poder era repugnante en Méjico por los medios que se habia logrado. El archiduque de Austria habia venido al trono de la nacion mejicana, apoyado por las fuerzas de la Francia, y derribando un poder que la voluntad nacional habia levantado con sus sufragios. El nuevo Imperio, que no contaba con la cooperacion de los mejicanos, veíase obligado á apelar á fuerzas extranjeras, rodeándose de aventureros de Francia, de Austria y de Bélgica para asegurar el trono. El elemento liberal de Méjico que empapado en las doctrinas de la República por espacio de medio siglo, formaba la gran mayoría de la nacion, no veía en Maximiliano sino al verdugo de las libertades y franquicias de la patria, y sus esfuerzos por desterrarle de un pueblo que á costa de tanta sangre y de sacrificios habia conquistado su independencia, habrían de ser heroicos é inagotables.

Pero aparte de todas estas causas, que por sí solas eran más que suficientes para desterrar del suelo mejicano la monarquía representada por Maximiliano, habia otras mucho más eficaces y poderosas, cuyo solo

recuerdo hacia vacilar como frágil caña el trono del príncipe austriaco. La grandiosa República norte-americana que venía sosteniendo una de las luchas más memorables que registra la historia de nuestros tiempos, se hallaba próxima á dar fin á su magnífica y gloriosa empresa. Los dos pueblos que durante largos años habian regado con sangre de sus hermanos las estensas comarcas de aquella República, estaban á punto de estrecharse en eternos lazos. Deshecha la densa nube en que hasta entonces habian estado envueltos, comenzaron á preguntarse si no podrían hacer otra cosa mejor que aniquilarse en una lucha fratricida, consumiendo su riqueza y su poblacion, y á pensar si habría ó nó algunas Potencias grandemente interesadas en su total destruccion. Comenzaron asimismo á mirar de través á Inglaterra detrás de las fronteras del Canadá, y á Francia en la capital de Méjico. Los pensamientos de Napoleon III al enviar sus legiones al Nuevo Mundo, aparecieron igualmente con toda su trascendencia á los ojos de los norte-americanos; y como impulsados por unos mismos instintos, los combatientes deseaban deponer las armas y abrazarse estrechamente.

La paz de los Estados-Unidos estaba á punto de realizarse. El vicepresidente del Congreso confederado llega al fuerte Monroe para estipular las condiciones con que habia de realizarse. Jefferson Davis, cuyos deseos habian dominado siempre, se vé impuesto con algunas resoluciones por el mismo Congreso que tan ciegamente le habia hasta entonces obedecido. Los gobernadores de varios Estados tan importantes como el del Missisipi, pertenecientes á la confederacion del Sur, reclaman como apremiante necesidad una paz pronta que ponga fin á la guerra con sus propios hermanos. Estos mismos Estados se niegan á obedecer las atrevidas órdenes de Jefferson Davis, que mandaba quemar, tan luego como se acercasen los ejércitos federales, todas las existencias de algodón. La paz, en fin, es por todos aclamada y aplaudida. ¿Qué será, pues, de los orgullosos zuavos de Napoleon III y de las otras fuerzas del Imperio austriaco? ¿Qué harían en Méjico todas las bayonetas de estos dos Imperios si tuvieran que luchar con los ejércitos que sos-

tenían las federaciones del Norte y del Sur? ¿Podría caber en la loca fantasia de Maximiliano y de sus defensores, que el trono imperial resistiría siquiera una amenaza de los Estados-Unidos?

Segurament e que nada de esto se ocultaba al infortunado Maximiliano; y si á pesar de ese conocimiento claro y evidente del sombrío porvenir que en lontananza se presentaba á sus naturales ambiciones, continuó no obstante defendiéndose contra el torrente liberal de la nacion mejicana, no fué ciertamente siguiendo los verdaderos impulsos de sus creencias y de sus sentimientos, sino arrastrado por un esceso de amor propio de una parte, y cediendo de otra á las exigencias y á los compromisos que habia adquirido con los elementos más reaccionarios de Méjico.

## CAPÍTULO VII.

Situacion de Juárez en los confines de sus antiguos Estados.—Obstáculos que se presentaban á la consolidacion de la obra de Maximiliano.—Reformas liberales que se propone introducir en su Imperio.—Oposicion del nuncio de Su Santidad y del clero mejicano.—Decidida tendencia de Maximiliano á las reformas de libertad y de tolerancia.—Nuevos decretos publicados por el gobierno imperial encaminados al engrandecimiento y prosperidad material de Méjico.—Organizacion del ejército.

### I.

Las sangrientas y continuas luchas que por espacio de tanto tiempo venía sosteniendo el ex-presidente Juárez contra los ejércitos francés y austriaco, habian agotado casi por completo los recursos de los valientes defensores de la libertad é independencia de Méjico, haciéndose por tanto la situacion de Juárez bien poco satisfactoria. Mientras que el intrépido y bravo ex-presidente se encontraba sin recursos de ninguna especie en los confines de sus antiguos Estados, la causa del Imperio iba enseñoreándose de todo el país mejicano. Las ciudades de San Luis de Potosí, Oajaca, Matamoros, Monterey, Guaymas, Acapulco, Mazatlan, finalmente todas las poblaciones de alguna importancia, estaban ya sometidas al Imperio y agotados todos los medios á que pudieran apelar para sacudir